



*Leyendas*

*Urbanas*

## *TRIBUS URBANAS*

### *Germinal*

Lo verde ya no empieza en los Pirineos que, además, ya tampoco son la puerta de lo prohibido. Hemos entrado en Europa, en la modernidad. Sin embargo, afortunadamente o no, aún conservamos el rescoldo de nuestra cultura de “patio de monipodio”, la picaresca secular que hace que entre nosotros todavía permanezcan costumbres tan arraigadas en nuestro comportamiento que, aun transformadas por los nuevos tiempos, son de difícil erradicación.

Se diría que nos gusta ser como somos, y nos gusta tanto, que lo contagiamos. De modo que los extranjeros que se afincan y echan raíces entre nosotros, no sólo aprenden los tacos que enriquecen nuestras lenguas, sino que incorporan, o corrigen y aumentan con sus aportaciones, nuestras peculiares maneras. Aquellas que han dado, dan y darán colectivos que se agrupan y acaban consolidando una misma conducta social. Verdaderas tribus urbanas que nos gustaría ir desgranando como aportación desenfadada a este apartado de la web “cegetera”.

## *Los amantes de la lectura*

Según algunas estadísticas, no sé si interesadas, en España se editan pocos libros en comparación con Francia, Inglaterra o Alemania. Nuestro país, al parecer, tiene una tirada de periódicos, al menos nacionales, muy inferior también de la de estos otros países, amén de menos cabeceras. Y sin embargo, ¿hay alguien que no vaya leyendo, sobre todo en el Metro? ¿Mienten estas estadísticas? ¿Aportan un sesgo interesado?

Dependiendo del momento, bien podemos decir que, por ejemplo, a primera hora, ocho de cada diez viajeros del Metro van con algo legible entre sus manos: Libros de diferentes tamaños, periódicos de todas las clases, incluso los hay enfrascados en pasatiempos; éstos últimos los menos, pues es algo que requiere ir sentado y con un instrumento de escritura. Si sumamos a los que miran de reojo o por encima del hombro, hay un momento en el que está leyendo todo el mundo. Ya a media mañana, con menos pasajeros, lo que se ve son más revistas, especialmente de las llamadas del corazón (cuya tirada en nuestro país es millonaria). Por la tarde/noche se sigue leyendo, pero se nota que el cansancio ha hecho mella y, más bien, se hojea (y a llegar a cada estación miras por si se trata de la tuya, a sabiendas de que no lo es y de que se trata de una excusa para apartar la mirada).

Como quiera que sea, parece que se lee mucho. Ciertamente, hace diez o quince años, era una clara minoría la que leía. Pocos periódicos, la mayoría deportivos y pocos libros. Las ediciones de bolsillo que hoy, por fin, proliferan, eran escasas y se veían más libracos gordos (del tipo *clan del oso cavernario*) especialmente en manos de las mujeres, quizás para parapetarse mejor del acoso del pestosillo de turno. Lo que ha desaparecido radicalmente, y en eso se debe de notar que estamos en Europa, son los lectores de novelas del oeste y, con ellos, aquellos autores tan maravillosos como Carrados, Lafuente Estefanía, Goodman, o nuestro compañero Ben Brions.

¿Qué es lo que hay detrás de todo esto? ¿Somos un pueblo culto de pronto? ¿Leemos, o parece que lo hacemos, por pasar el rato? ¿Quizás porque los libros son baratos? ¿Por imitación? ¿Quizás porque cada vez hay más periódicos gratuitos?

Los rotativos de pago, se lanzaron hace algunos años a “dar” algo más que el periódico y comenzaron a aparecer colecciones de novelas (narrativa general, fantástica, de misterio, de aventuras...) a precios muy bajos. Tuvo su boom, pero está aflojando. Ahora distribuyen cuentos infantiles y pasatiempos.

La Administración local ha llenado los vagones de pegatinas con fragmentos de diferentes obras y autores (hace poco vi uno de un libro editado por la Fundación S. Seguí, *las memorias del Dr. Vallina*), para animar a leer. De hecho algunos fragmentos te dejan con la miel en los labios. O sea, que según ellos, se lee poco.

Darse una vuelta por nuestro suburbano puede servirnos para hacernos idea de cómo anda la lista de éxitos. Estos dos últimos años lo que se ve principalmente es *El Código Da Vinci*, más alguna de sus secuelas (hay un libro de claves) y alguno de sus adláteres (tipo sábana santa, hermandad secreta...). Han caído mucho la series de *El Médico* y los best seller de Stephen King. Y, por mucho que digan, las listas de éxito, apenas se ven *Quijotes*.

Y es que lo que se lleva la palma, lo que arrasa son los periódicos de distribución gratuita. Y si observamos el comportamiento que generan en su entorno, nos dará la respuesta de si, en verdad, somos un pueblo lector y culto por excelencia.

Los periódicos gratuitos son la antítesis, creo yo, de la idea de información correcta. Lógicamente, no pueden tener redactores ni columnistas con buenas nóminas. Tienden a un estilo de titular grande y escandaloso (como aquellos de El Pueblo que los más viejos recordaréis), dan noticias muy escuetas o incluyen reportajes llamativos del tipo *los españoles somos los que más tiempo trabajamos y menos cobramos*.

Se reparten a la entrada de las bocas de Metro. Hay quien pide dos o cuatro (debe de ser que así nutre a sus compañeros de oficina o de comercio) y, lo que es más impresionante, si aún no ha comenzado el reparto o se han agotado momentáneamente ¡esperan!

Y aquí va la explicación. Nos interesa todo lo que regalan: Raciones de cocido o paella, degustación en los hiper, sombreros o claveles olímpicos, bolsas y folletos de Fitur o del Simo. Es decir, sostengo, que de no ser gratuitos, estos rotativos, que además manchan, no interesarían nada de nada.

Y lo que es mejor, iríamos mucho más cómodos en los transportes públicos. Porque ésa es otra. Estos periódicos, al no existir la costumbre de doblarlos, permiten abrir los brazos y “marcar territorio”, cuando no apoyarnos con toda nuestra humanidad, sobre todo los más gordos y altos, y ocupar las barras verticales de agarre mientras nos cultivamos... Estaría bien que las autoridades pusieran pegatinas sobre cómo comportarse, al estilo de aquellos carteles de “prohibido escupir” o “no se permite vender en los coches”... Pues por paradójico que resulte, una actividad tan noble como la de leer lleva camino de convertirse en una causa de conflicto, cuando no de aversión al hecho mismo, al hecho de leer digo.

¡Vivan los libros de bolsillo! ¡Vivan los pasatiempos que obligan a sentarse!  
¡Vivan los periódicos que cuestan algo! Y que vuelvan las novelas del oeste...

Quedan más tribus. Seguiremos.

